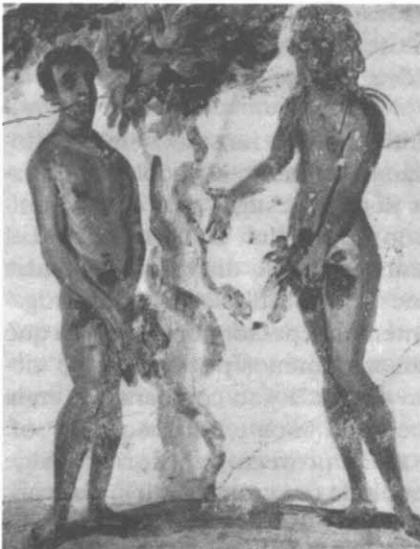


GEORGES CANGUILHEM

¿QUÉ ES LA PSICOLOGÍA? *



CATACUMBAS, ROMA, ITALIA (S. IV)

Para el psicólogo, la pregunta “¿Qué es la psicología?” parece ser más molesta que para el filósofo la pregunta “¿Qué es la filosofía?”. Porque a la filosofía la pregunta por su sentido y por su esencia la constituye más que lo que la define la respuesta a esta pregunta. El hecho de que la pregunta renazca incesantemente, a falta de respuesta satisfactoria, es, para quien quisiera poderse llamar filósofo, una razón de humildad, y no una causa de humillación. Pero para la psicología la pregunta por su esencia, o más modestamente, por su concepto, pone también en tela de juicio la existencia misma del psicólogo, en la medida en que no pudiendo contestar exactamente lo que él es, le queda muy difícil dar una respuesta sobre lo que hace. Él no puede entonces buscar sino en una eficacia, siempre discutible, la justificación de su importancia como especialista, importancia que a algunos no les desagradaría, en modo alguno, y que en el filósofo engendraría un complejo de inferioridad.

Al decir que la eficacia del psicólogo es discutible, no se pretende decir que sea ilusoria; se quiere simplemente advertir que esta eficacia, sin duda, está mal fundada, en tanto no se haga la prueba de que es efectivamente debida a la aplicación de una ciencia, es decir, en tanto que el estatuto de la psicología no sea fijado de tal manera que se la pueda considerar como más y mejor que un empirismo compuesto, literariamente codificado con propósitos de enseñanza. En efecto, numerosos trabajos de psicología dan la impresión de que mezclan con una filosofía sin rigor, una ética sin exigen-

* Conferencia dictada en el *Collège philosophique*, el 18 de diciembre de 1956. Fue publicada, por primera vez, en la *Revue de Métaphysique et de Morale*, 1958, 1. Fue reproducida en *Cahiers pour l'analyse*, N° 2, París, marzo de 1966, y reeditada en *Etudes d'Histoire et de Philosophie des Sciences*, París, Vrin, 1968. La traducción se ha hecho a partir de esta última versión, que presenta algunas modificaciones con respecto a las anteriores. Traducido por Anthony Sampson.

cia, y una medicina sin control. Filosofía sin rigor, porque es ecléctica, so pretexto de objetividad; ética sin exigencia, porque asocia experiencias etológicas, ellas mismas no criticadas - la del confesor, la del educador, la del jefe, etc.; medicina sin control, ya que de las tres clases de enfermedades más ininteligibles y menos curables - enfermedades de la piel, enfermedades de los nervios y enfermedades mentales - el estudio y el tratamiento de estas dos últimas han proporcionado siempre a la psicología sus observaciones e hipótesis.

Por lo tanto, puede parecer que al preguntar "¿Qué es la psicología?" se plantea una pregunta que no es ni impertinente ni fútil.

Durante largo tiempo, la unidad característica del concepto de una ciencia fue buscada por el lado de su objeto. El objeto dictaría el método utilizado para el estudio de sus propiedades. Pero, en el fondo, esto limitaba la ciencia a la investigación de un dato, a la exploración de un dominio. Desde que se comprendió que toda ciencia produce, más o menos, sus datos y por este hecho se apropia de lo que se llama su dominio, el concepto de ciencia progresivamente confirió más importancia a su método que a su objeto. O, más exactamente, la expresión "objeto de la ciencia" ha recibido un nuevo sentido. El objeto de la ciencia ya no es solamente el dominio específico de los problemas, de los obstáculos a resolver, sino también la intención y el propósito del sujeto de la ciencia, el proyecto específico que constituye como tal una conciencia teórica.

A la pregunta "¿Qué es la psicología?" se puede responder haciendo aparecer la unidad de su dominio, a pesar de la multiplicidad de los proyectos metodológicos. A este tipo de respuesta pertenece la que dio brillantemente el Prof. Daniel Lagache, en 1947, a una pregunta planteada, en 1936, por Edouard Claparède¹. En este texto, la unidad de la psicología fue buscada en su definición posible como teoría general de la conducta, síntesis de la psicología experimental, de la psicología clínica, del psicoanálisis, de la psicología social y de la etnología.

Sin embargo, mirando las cosas con más detenimiento, se podría decir que esta unidad se asemeja más a un pacto de coexistencia pacífica, establecido entre profesionales, que a una esencia lógica obtenida por la revelación de una constancia en una variedad de casos. De las dos tendencias entre las cuales el profesor Lagache busca un acuerdo sólido: la naturalista (psicología experimental) y la humanista (psicología clínica), se recibe la impresión de que la segunda le parece de mayor peso. Es esto, sin duda, lo que explica la ausencia de la psicología animal en esta revisión de las partes en litigio. Claro, se

ve que está comprendida en la psicología experimental - que es, en gran parte, una psicología de los animales - pero se encuentra allí recluida como material al cual aplicarle el método. Y, en efecto, una psicología no puede ser llamada experimental sino en razón de su método, y no en razón de su objeto. Mientras que, a pesar de las apariencias, es más por el objeto que por el método que una psicología es llamada clínica, psicoanalítica, social, etnológica. Todos estos adjetivos son indicativos de un solo y mismo objeto de estudio: el hombre, ser locuaz o taciturno, ser sociable o insociable. En consecuencia, ¿puede rigurosamente hablarse de una teoría *general* de la conducta mientras no se haya resuelto el problema de saber si existe continuidad o ruptura entre lenguaje humano y lenguaje animal, sociedad humana y sociedad animal? Es posible que, en este punto, no le corresponda a la filosofía decidir sino a la ciencia, en efecto, a varias ciencias, comprendida la psicología. Pero entonces la psicología no puede, para definirse, prejuzgar respecto a aquello que está llamada a juzgar. Sin lo cual, es inevitable, que al proponerse a sí misma como teoría general de la conducta, la psicología haga suya alguna idea del hombre. Es preciso, en tal caso, permitir a la filosofía preguntarle a la psicología de dónde saca esa idea, y si no será, en el fondo, de alguna filosofía.

Quisiéramos intentar, porque no somos un psicólogo, abordar por un camino opuesto el problema fundamental planteado, es decir, investigar si es o no la unidad de un proyecto lo que podría conferir su unidad eventual a los diferentes tipos de disciplinas llamadas psicológicas. Pero nuestro procedimiento de investigación exige que remontemos al pasado. Investigar en qué se traslapan los diversos dominios puede hacerse mediante su exploración separada y su comparación en la actualidad (una decena de años en el caso del Prof. Lagache). Investigar si los proyectos concurren, exige que se despeje el sentido de cada uno de ellos, no cuando está perdido en el automatismo de la ejecución, sino cuando surge de la situación que lo suscita. Buscar una respuesta a la pregunta "¿Qué es la psicología?" se convierte para nosotros en la obligación de esbozar una historia de la psicología, pero, por supuesto, considerada solamente en sus orientaciones, en relación con la historia de la filosofía y de las ciencias, una historia necesariamente teleológica, puesto que está destinada a conducir, hasta la pregunta planteada, el sentido originario supuesto de las diversas disciplinas, métodos o

empresas, cuya disparidad actual legitima esta pregunta.

1 *L'Unité de la psychologie*, P.U.F., París, 1949. (En español, *La Unidad de la Psicología*, Buenos Aires, Paidós, 1970).

I. LA PSICOLOGÍA COMO CIENCIA NATURAL

Mientras que psicología significa etimológicamente la ciencia del alma, es notable que una psicología independiente esté ausente, en idea y de hecho, de los sistemas filosóficos de la antigüedad, en los que, sin embargo, la *psique*, el alma, es considerada como un ser natural. Los estudios relativos al alma se encuentran distribuidos entre la metafísica, la lógica y la física. El tratado aristotélico *Acerca del Alma* es en realidad un tratado de biología general, uno de los escritos consagrados a la física. De acuerdo con Aristóteles, y según la tradición escolástica, los Cursos de filosofía de comienzos del siglo XVII tratan todavía del alma en un capítulo de la física². El objeto de la física es el cuerpo natural y organizado que contiene la vida en potencia; por lo tanto, la física trata del alma como forma del cuerpo viviente y no como sustancia separada de la materia. Desde este punto de vista, un estudio de los órganos del conocimiento, es decir, de los sentidos exteriores (los cinco sentidos usuales) y de los sentidos interiores (sentido común, fantasía, memoria), no difiere en nada del estudio de los órganos de la respiración o de la digestión. El alma es un objeto natural de estudio, una forma en la jerarquía de las formas, incluso si su función esencial es el conocimiento de las formas. En su sentido originario y universal de teoría de la naturaleza, la ciencia del alma es una provincia de la fisiología.

A esta concepción antigua se remonta, sin ruptura alguna, un aspecto de la psicología moderna: la neurofisiología - considerada durante largo tiempo como psiconeurología exclusivamente (pero hoy en día, además, como psicoendocrinología) - y la psicopatología como disciplina médica. Desde ese punto de vista, no es superfluo recordar que, antes de las dos revoluciones que permitieron el desarrollo de la fisiología moderna, la de Harvey y la de Lavoisier, Galeno produjo una revolución, de no menor importancia que la teoría de la circulación o de la respiración, cuando estableció, clínica y experimentalmente - siguiendo a los médicos de la Escuela de Alejandría, Herófilo y Erasístrato, contra la doctrina aristotélica y conforme a las anticipaciones de Alcmeón, de Hipócrates y de Platón - que es el cerebro, y no el corazón, el órgano de la sensación y del movimiento, y sede del alma. Galeno funda verdaderamente una filiación ininterrumpida de investigaciones, neumatología empírica que dura siglos, cuya pieza fundamental es la teoría de los espíritus animales, destronada y relegada a fines del

siglo XVIII por la electroneurología. Gall, aunque decididamente pluralista en su concepción de las relaciones entre las funciones psíquicas y los órganos encefálicos, procede directamente de Galeno y domina, a pesar de sus extravagancias, todas las investigaciones sobre las localizaciones cerebrales durante los primeros sesenta años del siglo XIX, incluso hasta Broca.

En resumen, como psicofisiología y psicopatología, la psicología de hoy en día remonta siempre al siglo II.

II. LA PSICOLOGÍA COMO CIENCIA DE LA SUBJETIVIDAD

La decadencia de la física aristotélica, en el siglo XVII, marca el fin de la psicología considerada como parafísica, como ciencia de un objeto natural, y correlativamente marca el nacimiento de la psicología como ciencia de la subjetividad.

Los verdaderos responsables del advenimiento de la psicología moderna, como ciencia del sujeto pensante, son los físicos mecanicistas del siglo XVII³.

Si la realidad del mundo ya no es confundida con el contenido de la percepción, si la realidad se obtiene y se establece por reducción de las ilusiones de la experiencia sensible usual, el residuo cualitativo de esta experiencia implica, por el hecho de que es posible como falsificación de lo real, la responsabilidad propia de la mente, es decir, del sujeto de la experiencia, en la medida en que éste no se identifica con la razón matemática y mecánica, instrumento de la verdad y medida de la realidad.

Pero, a los ojos del físico, esta responsabilidad es una culpabilidad. La psicología se constituye entonces como empresa de disculpación de la mente. Su proyecto es el de una ciencia que, frente a la física, explica por qué la mente, por naturaleza, está obligada a engañar de entrada a la razón con respecto a la realidad. La psicología se vuelve física del sentido externo, para dar cuenta de los contrasentidos de los que la física mecanicista inculpa al ejercicio de los sentidos en la función de conocimiento.

A. La física del sentido externo

La psicología, ciencia de la subjetividad, comienza pues como psicofísica por dos razones. Primero, porque no puede ser menos que una física para poder ser tomada en serio por los físicos; y segundo, porque debe buscar en una naturaleza, es decir, en la estructura del cuerpo humano, la razón de la existencia de residuos

irreales en la experiencia humana.

Pero esto no es, sin embargo, un retorno a la concepción antigua de

2 Cf. Scipion Du Pleix, *Corps de Philosophie contenant la Logique, la Physique, la Metaphysique et L'Ethique*, Ginebra, 1636 (1a. Edición, París, 1607).

3 Cf. Aron Gurwitsch, *Développement historique de la Gestalt-Psychologie*, in *Thalès*, II año, 1935, p. 167-175.

una ciencia del alma, rama de la física. La nueva física es cálculo. En esto la psicología tiende a imitarla. Tratará de determinar constantes cuantitativas de la sensación y de las relaciones entre estas constantes.

Descartes y Malebranche son los que encabezan este movimiento. En las *Reglas para la Dirección del Espíritu* (XII), Descartes propone la reducción de las diferencias cualitativas entre los datos sensoriales a una diferencia entre figuras geométricas. Se trata aquí de los datos sensoriales en tanto que son, en el sentido propio del término, las informaciones de un cuerpo mediante otros cuerpos; lo que es informado por los sentidos externos, es un sentido interno: "la fantasía, que no es más que un cuerpo real y figurado". En la *Regla XIV*, Descartes trata expresamente de lo que Kant llamará la magnitud intensiva de las sensaciones (*Crítica de la Razón Pura*, "Analítica Trascendental", "anticipación de la percepción"): las comparaciones entre luces, sonidos, etc., no pueden convertirse en relaciones exactas, sino por analogía con la extensión del cuerpo figurado. Si se añade que Descartes, si bien no es, propiamente hablando, el inventor del término y del concepto de reflejo, sin embargo afirmó la constancia de la relación entre la excitación y la reacción, se ve entonces, que una psicología, entendida como física matemática del sentido externo, comienza con él, para llegar hasta Fechner, gracias al apoyo de fisiologistas como Hermann Helmholtz - a pesar y en contra de las reservas kantianas, criticadas, a su turno, por Herbart.

Esta variedad de psicología es ampliada por Wundt hasta las dimensiones de una psicología experimental, sostenida en sus trabajos por la esperanza de hacer aparecer, en las leyes de los "hechos de conciencia", un determinismo analítico del mismo tipo de aquel que la mecánica y la física dejan esperar que tenga una validez universal para toda ciencia.

Fechner murió en 1887, dos años antes de la tesis de Bergson, *Essai sur les données immédiates de la conscience* (1889). Wundt murió en 1920, habiendo formado un buen número de discípulos, algunos de los cuales aún viven, y no sin antes haber asistido a los primeros ataques de los psicólogos de la Forma contra la física analítica, a la vez experimental y matemática, del sentido externo, de conformidad con las observaciones de Ehrenfels sobre las cualidades de la forma (*Ueber Gestaltqualitäten*, 1890), observaciones emparentadas con los análisis de Bergson sobre las totalidades percibidas como formas orgánicas que dominan sus supuestas partes (*Essai*, c. II).

B. La ciencia del sentido externo

Pero la ciencia de la subjetividad no se reduce a la

4 Scipion Du Pleiz, *op. cit.*, *Physique*, p. 439.

5 *Ibid.*, p. 353.

elaboración de una física del sentido externo, ella se propone y se presenta como la ciencia de la conciencia de sí, o la ciencia del sentido interno. Del siglo XVIII data el término "psicología", con el sentido de ciencia del yo (Wolff). Toda la historia de esta psicología puede escribirse como la historia de los contrasentidos que las *Meditaciones* de Descartes ocasionaron, sin ser responsables de ello.

Cuando Descartes, al comienzo de la *Meditación III*, considera su "interior" para tratar de volverse más conocido y más familiar a sí mismo, esta consideración concierne al Pensamiento. El interior cartesiano, conciencia del *Ego cogito*, es el conocimiento directo que el alma tiene de sí misma, en tanto que entendimiento puro. Las *Meditaciones* son llamadas por Descartes *metafísicas*, porque pretenden alcanzar directamente la naturaleza y la esencia del *Yo pienso*, en la aprehensión inmediata de su existencia. La meditación cartesiana no es una confidencia personal. La reflexión que da al conocimiento del Yo el rigor y la impersonalidad de las matemáticas no es aquella observación de sí que los espiritualistas, a comienzos del siglo XIX, no temieron poner bajo el patrocinio de Sócrates, con el fin de que Pierre-Paul Royer-Collard pudiera dar a Napoleón I la seguridad de que el *Conócete a tí mismo*, el *Cogito* y la *Introspección* proporcionaban al trono y al altar su fundamento inexpugnable.

El interior cartesiano, que Descartes considera como un aspecto del cuerpo (*Regla XIII*), nada tiene en común con el sentido interno de los aristotélicos "que concibe sus objetos interiormente y dentro de la cabeza"⁴. Es por esto por lo que Descartes dice que el alma se conoce directa y más fácilmente que el cuerpo. Es esta una afirmación cuya intención polémica explícita a menudo se ignora, porque según los aristotélicos el alma no se conoce directamente. "El conocimiento del alma no es en absoluto directo sino únicamente por reflejo. Porque el alma es semejante al ojo que todo lo ve y no puede verse a sí mismo sino por reflejo como en un espejo... e igualmente el alma no se ve y no se conoce sino por reflejo y por reconocimiento de sus efectos"⁵. Tesis ésta que suscita la indignación de Descartes, cuando Gassendi la retoma en sus objeciones a la *Meditación III*, y a la que él responde: "No es en modo alguno el ojo el que se ve a sí mismo, ni el espejo, sino el espíritu el único que conoce tanto al espejo como al ojo y a sí mismo".

Ahora bien, esta réplica decisiva no acabó con este argumento escolástico. Maine de Biran lo esgrime una vez más contra Descartes en su *Mémoire sur la décomposition de la pensée*. A. Comte lo invoca contra la posibilidad de la introspección, es decir, contra

ese método del conocimiento de sí que Pierre-Paul Royer-Collard toma prestado de Reid para hacer de la psicología la propedéutica científica de la metafísica, justificando por la vía experimental las tesis tradicionales del substancialismo espiritualista⁶. Incluso Cournot, en su sagacidad, no desdeña la ocasión de retomar el argumento para apoyar la idea de que la observación psicológica se refiere más a la conducta del otro que al yo del observador, de que la psicología tiene más parentesco con la sabiduría que con la ciencia, y que "es de la naturaleza de los hechos psicológicos el traducirse en aforismos más bien que teoremas"⁷.

El hecho es que se ha mal interpretado la enseñanza de Descartes constituyendo, a la vez, en contra suya, una psicología empírica como historia natural del yo -de Locke a Ribot, pasando por Condillac, los ideólogos franceses y los utilitaristas ingleses- y constituyendo según él, supuestamente, una psicología racional, fundada en la intuición de un Yo substancial.

Kant conserva todavía la gloria de haber establecido que, si Wolf pudo bautizar a estos recién nacidos post-cartesianos (*Psychologia empirica* 1732; *Psychologia rationalis*, 1734), no logró, sin embargo, fundar sus pretensiones de legitimidad. Kant muestra que, por una parte, el sentido interno fenoménico no es sino una forma de la intuición empírica, que éste tiende a confundirse con el tiempo, y que, por otra parte, el yo, sujeto de todo juicio de apercepción, es una función de organización de la experiencia, pero del cual no es posible hacer una ciencia, puesto que es la condición trascendental de toda ciencia. Los *Primeros principios metafísicos de la Ciencia de la Naturaleza* (1786) niegan a la psicología el estatuto de ciencia, ya sea a imagen de las matemáticas, ya sea a imagen de la física. No existe una psicología matemática posible, en el sentido en que existe una física matemática. Incluso si, en virtud de la anticipación de la percepción relativa a las magnitudes intensivas, se aplican las matemáticas del continuo a las modificaciones del sentido interno, no se obtendrá nada más importante de lo que sería, por ejemplo, una geometría limitada al estudio de las propiedades de la línea recta. No existe tampoco una psicología experimental, en el sentido en que la química se constituye por medio del empleo del análisis y de la síntesis. No podemos llevar a cabo experiencias sobre nosotros mismos, ni sobre otros. Y la observación interna altera su objeto. Querer sorprenderse a sí mismo en la observación de sí, conduciría a la alineación. La psicología no puede ser, por tanto, sino descriptiva. Su verdadero lugar está en una *Antropología*, como propedéutica a una teoría

de la habilidad y la prudencia, coronada por una teoría de la sabiduría.

C. La ciencia del sentido íntimo

Si se llama psicología clásica a la que se pretende refutar, es preciso decir que en psicología siempre hay clásicos para alguien. Los ideólogos, herederos de los sensualistas, podían considerar como clásica la psicología escocesa que predicaba, como ellos, un método inductivo, sólo para poder afirmar mejor, contra ellos, la substancialidad de la mente. Pero la psicología atomística y analítica de los sensualistas y de los Ideólogos, antes de ser refutada como psicología clásica por los teóricos de la psicología de la Gestalt, había sido ya considerada como tal por un psicólogo romántico como Maine de Biran. Para él, la psicología se convierte en la técnica del Diario Íntimo y la ciencia del sentido íntimo. La soledad de Descartes era la ascesis de un matemático. La soledad de Maine de Biran es el ocio de un subprefecto. El *Yo pienso* cartesiano funda el pensamiento en sí. El *Yo quiero* biraniano funda la conciencia para sí, contra la exterioridad. Encerrado en su gabinete, Maine de Biran descubre que el análisis psicológico no consiste en simplificar sino en complicar, que el hecho psíquico primitivo no es un elemento, sino que es ya una relación, relación que es vivida en el esfuerzo. Él llega a dos conclusiones, inesperadas en un hombre cuyas funciones son de autoridad, es decir de mando: la conciencia requiere el conflicto de un poder y de una resistencia; el hombre no es, como pensó de Bonald, una inteligencia servida por órganos, sino una organización viva servida por una inteligencia. Al alma le es necesario estar encarnada, por tanto, no hay psicología sin biología. La observación de sí no dispensa del recurso a la fisiología del movimiento voluntario, ni a la patología de la afectividad. La situación de Maine de Biran es única, entre los dos Royer-Collard. Dialogó con el doctrinario, y fue juzgado por el psiquiatra. Tenemos de Maine de Biran un *Promenade avec M. Royer-Collard dans les Jardins du Luxembourg*, y tenemos de Antoine-Athanase Royer-Collard, hermano menor del precedente, un *Examen de la Doctrine de Maine de Biran*.⁸ Si Maine de Biran no hubiera leído y discutido a Cabanis (*Rapports du physique et du moral de l'homme*, 1798), si no hubiera leído y discutido a Bichat (*Recherches sur la Vie et la Mort*, 1800), la historia de la psicología patológica lo ignoraría, cosa que no puede hacer. El segundo Royer-Collard es, después de Pinel y con Esquirol, uno de los fundadores de la Escuela francesa de psiquiatría. Pinel había abogado por la idea de que los alienados son a la vez en-

6 *Cours de Philosophie Positive*, 1a. Lección.

7 *Essai sur les fondements de nos connaissances*, 1851, p.371-376.

8 Publicado por su hijo Hyacinthe Royer-Collard (en los *Annales Médico-Psychologiques*, 1843, t. II, p.1).

fermos como los otros, ni poseídos, ni criminales, y diferentes de los otros, y que, por tanto, debían ser tratados separadamente de los demás, y separadamente según los casos, en servicios hospitalarios especializados. Pinel fundó la medicina mental como disciplina independiente, a partir del aislamiento terapéutico de los alienados en Bicêtre y en la Salpêtrière. Royer-Collard imita a Pinel en la Maison Nationale de Charenton, de la cual llega a ser el médico jefe en 1805, el mismo año en el que Esquirol sostiene su tesis de medicina sobre *Les Passions considérées comme causes, symptômes et moyens curatifs de l'alienation mentale*. En 1816, Royer-Collard es nombrado profesor de medicina legal en la Facultad de Medicina de París, luego en 1821, primer titular de la cátedra de medicina mental. Royer-Collard y Esquirol tuvieron como discípulos a Calmeil, quien estudió la parálisis en los alienados, a Bayle, quien reconoció y aisló la parálisis general, a Félix Voisin, quien creó el estudio del atraso mental en los niños. Y es en la Salpêtrière, después de Pinel, Esquirol, Lelut, Baillarger y Falret, entre otros, donde Charcot se convierte en 1862 en jefe de un servicio cuyos trabajos serán continuados por Théodule Ribot, Pierre Janet, el Cardenal Mercier y Sigmund Freud.

Habíamos visto comenzar la psicopatología positivamente en Galeno, y la vemos desembocar en Freud, creador en 1896 del término *psychoanalyse*. La psicopatología no se desarrolló sin relación con las otras disciplinas psicológicas. Debido a las investigaciones de Biran, ella obligó a la filosofía a preguntarse, desde hace ya más de un siglo, de cuál de los dos Royer-Collard debe tomar la idea que es preciso hacerse de la psicología. Así, la psicopatología es, a la vez juez y parte en el debate ininterrumpido, cuya dirección la metafísica le legó a la psicología, sin, por otra parte, renunciar a intervenir en él, a propósito de las relaciones entre lo físico y lo psíquico. Esta relación fue, durante largo tiempo, formulada como somatopsíquica antes de convertirse en psico-somática. Por lo demás, esta inversión es la misma que aquella que se operó en la significación dada al inconsciente. Si se identifica psiquismo y conciencia - autorizándose en Descartes, con razón o sin ella - el inconsciente es de orden físico. Si se piensa que parte de lo psíquico puede ser inconsciente, la psicología no se reduce a la ciencia de la conciencia. Lo psíquico ya no es solamente lo que está oculto, sino también lo que se oculta, lo que uno oculta, ya que no es solamente lo íntimo, sino también - según un término retomado por Bossuet de los místicos- lo abisal. La psicología ya no es solamente la ciencia de la intimidad sino también la ciencia de las profundidades del alma.

III. LA PSICOLOGÍA COMO CIENCIA DE LAS REACCIONES Y DEL COMPORTAMIENTO

Al proponer la definición del hombre como una organización viviente servida por una inteligencia, Maine de Biran delimitaba de antemano el terreno en el cual iba a constituirse en el siglo XIX una nueva psicología - haciéndolo mejor, al parecer, que Gall, a quien cita Lelut: "el hombre ya no es una inteligencia, sino una voluntad servida por órganos"⁹. Pero, al mismo tiempo, le asignaba sus límites, ya que en su *Anthropologie*, él situaba la vida humana entre la vida animal y la vida espiritual.

El siglo XIX ve constituirse, al lado de la psicología como patología nerviosa y mental, como física del sentido externo, como ciencia del sentido interno y del sentido íntimo, una biología del comportamiento humano. Las razones de este acontecimiento nos parecen ser las siguientes. Ante todo, razones científicas, a saber, la constitución de la Biología como teoría general de las relaciones entre los organismos y los medios, marcando así el fin de la creencia en la existencia de un reino humano separado; enseguida, razones técnicas y económicas, a saber, el desarrollo de un régimen industrial que orienta la atención hacia el carácter industrioso de la especie humana y que marca el fin de la creencia en la dignidad del pensamiento especulativo; por último, razones políticas que se resumen en el fin de la creencia en los valores del privilegio social y en la difusión del igualitarismo: el servicio militar obligatorio y la instrucción pública convertidas en asunto de Estado, la reivindicación de igualdad ante los cargos militares y las funciones civiles (a cada cual según su trabajo, o sus obras, o sus méritos) es el fundamento real, aunque a menudo inadvertido, de un fenómeno propio de las sociedades modernas: la práctica generalizada de la peritización, en el sentido amplio, como determinación de la competencia y detección de la simulación.

Ahora bien, lo que, a nuestro juicio, caracteriza a esta psicología de los comportamientos, respecto a otros tipos de estudios psicológicos, es su incapacidad constitucional para aprehender y exhibir con claridad su proyecto instaurador. Si, entre los proyectos instauradores de ciertos tipos anteriores de psicología, algunos pueden pasar por contrasentidos filosóficos, aquí por el contrario, siendo rechazada toda relación con una teoría filosófica, se plantea la cuestión de saber de dónde puede sacar su sentido tal investigación psicológica. Al aceptar convertirse, según el modelo de la biología, en una ciencia objetiva de las aptitudes, de las reacciones y del comportamiento, esta psicología y sus psicólogos olvidan totalmente situar su comportamiento específico con relación a

⁹ *Qu'est-ce que la phrénologie? Ou Essai sur la signification et la valeur des systèmes de psychologie en général et de celui de Gall, en particulier*, Paris, 1836, p. 401.

las circunstancias históricas y a los medios sociales en los cuales son llevados a proponer sus métodos o técnicas y a hacer aceptar sus servicios.

Nietzsche, esbozando la psicología de los psicólogos del siglo XIX, escribe: "Nosotros, psicólogos del porvenir..., consideramos casi como un síntoma de degeneración que un instrumento se 'quiera conocer a sí mismo': somos instrumentos del conocimiento y quisiéramos tener toda la ingenuidad y la precisión de un instrumento; por consiguiente, no tenemos necesidad de analizarnos, de 'conocernos'"¹⁰. Asombroso malentendido y icuán revelador! El psicólogo no quiere ser más que un instrumento, sin tratar de saber de qué o de quién es instrumento. Nietzsche había parecido mejor inspirado cuando a comienzos de la *Genealogía de la Moral*, se había detenido en el enigma que representan los psicólogos ingleses, es decir, los utilitaristas, preocupados por la génesis de los sentimientos morales. Se preguntaba, entonces, por lo que había llevado a los psicólogos en la dirección del cinismo, en la explicación de las conductas humanas por el interés, la utilidad, y por el olvido de estas motivaciones fundamentales. Y he aquí que ante la conducta de los psicólogos del siglo XIX, Nietzsche renuncia a todo cinismo provisionalmente, es decir, icon toda lucidez!

La idea de utilidad, como principio de una psicología, obedecía a la toma de conciencia filosófica de la naturaleza humana como potencia de artificio (Hume, Burke), más prosaicamente, a la definición del hombre como fabricante de instrumentos (los Enciclopedistas, Adam Smith, Franklin). Pero el principio de la psicología biológica del comportamiento no parece haberse desprendido, de la misma manera, de una toma de conciencia filosófica explícita, sin duda, porque no puede ponerse en obra sino con la condición de quedar in formulado. Este principio es la definición del hombre mismo como instrumento. Al utilitarismo, que implica la idea de la utilidad para el hombre, la idea del hombre juez de la utilidad, sucedió el instrumentalismo, que implica la idea de la utilidad del hombre, la idea del hombre como medio de utilidad. La inteligencia ya no es obra de los órganos y se sirve de ellos, sino lo que sirve a los órganos. Y no es impunemente como los orígenes históricos de la psicología de la reacción deben ser buscados en los trabajos suscitados por el descubrimiento de la ecuación personal propia a los astrónomos que utilizan el telescopio (Maskelyne, 1796). El hombre fue estudiado, ante todo, como instrumento del instrumento científico, antes de serlo como instrumento de todo instrumento.

Las investigaciones sobre las leyes de la adaptación y del aprendizaje,

sobre la relación del aprendizaje y de las aptitudes, sobre la detección y medida de las aptitudes, sobre las condiciones del rendimiento y de la productividad (trátese de individuos o de grupos) -investigaciones inseparables de sus aplicaciones a la selección o a la orientación- admiten todas un postulado implícito común: la naturaleza del hombre es la de ser un instrumento, su vocación es la de ser puesto en su sitio, en su tarea.

Claro está, Nietzsche tiene razón al decir que los psicólogos quieren ser los "instrumentos ingenuos y precisos" de este estudio del hombre. Se han esforzado para llegar a un conocimiento objetivo, incluso si el determinismo que buscan en los comportamientos ya no es hoy el determinismo de tipo newtoniano, tan familiar a los primeros físicos del siglo XIX, sino más bien un determinismo estadístico, progresivamente asentado sobre los resultados de la biometría. Pero, a fin de cuentas, ¿cuál es el sentido de este instrumentalismo a la segunda potencia? ¿Qué es lo que impulsa o inclina a los psicólogos a hacerse, entre los hombres, los instrumentos de una ambición de tratar al hombre como un instrumento?

En los otros tipos de psicología, el alma o el sujeto, forma natural o conciencia de interioridad, es el principio del que se parte para justificar, en términos de valor, cierta idea del hombre en relación con la verdad de las cosas. Pero para una psicología en la que la palabra alma hace huir y la palabra conciencia hace reír, la verdad del hombre está dada por el hecho de que ya no existe una idea del hombre, en tanto que valor diferente al de un instrumento. Ahora bien, es preciso reconocer que para que pueda existir una idea de instrumento, es necesario que no toda idea sea reducida al rango de un instrumento, y que para poder atribuir a un instrumento algún valor, es necesario precisamente que no todo valor sea el de un instrumento, cuyo valor subordinado consiste en procurar algún otro valor. Por tanto, si el psicólogo no extrae su proyecto de psicología de una idea del hombre, ¿cree entonces poder legitimarlo mediante su comportamiento de utilización del hombre? Decimos claramente por su comportamiento de utilización, a pesar de dos objeciones posibles. En efecto, se nos podría señalar, por una parte, que este tipo de psicología no ignora la distinción entre la teoría y su aplicación, y por otra, que la utilización no es el hecho del psicólogo, sino el de aquel o de aquellos que le piden informes o diagnósticos. Responderemos que, a menos de confundir al teórico de la psicología con el profesor de psicología, se debe reconocer que el psicólogo contemporáneo es, lo más a

menudo, un practicante profesional cuya "ciencia"

10 Federico Nietzsche, *La Voluntad de Dominio* (libro III, N° 425), *Obras Completas*, Vol. IV, p. 168, Madrid, Editorial Aguilar, 1932 (Traducción Eduardo Ovejero y Maury).

está totalmente inspirada por la búsqueda de "leyes" de la adaptación a un medio socio-técnico - y no a un medio natural - lo que confiere siempre a sus operaciones de "medida" una significación de evaluación y el alcance de una peritación. De suerte que el comportamiento del psicólogo del comportamiento humano, encierra casi obligatoriamente una convicción de superioridad, una buena conciencia intervencionista, una mentalidad de gerente de las relaciones del hombre con el hombre. Y por esto es necesario llegar a la pregunta cínica: ¿Quién designa a los psicólogos como instrumentos del instrumentalismo? ¿En qué se reconoce a aquellos hombres que son dignos de asignar al hombre-instrumento su papel y su función? ¿Quién orienta a los orientadores?

No nos situamos, esto va de suyo, en el terreno de las capacidades y de la técnica. El problema no es que haya buenos o malos psicólogos, es decir, técnicos hábiles después de ser entrenados, o nocivos por su imbecilidad no sancionada por la ley. El problema radica en que una ciencia o una técnica científica no contienen por sí solas ninguna idea que les confiera su sentido. En su *Introduction à la Psychologie*, Paul Guillaume estudió la psicología del hombre sometido a la prueba de un test. El sujeto examinado se defiende contra tal investigación, teme que se ejerza una acción sobre él. Guillaume ve en este estado de ánimo un reconocimiento implícito de la eficacia del test. Pero también podría verse allí un embrión de la psicología del examinador. La defensa del examinado es la repugnancia a verse tratado como un insecto por un hombre a quien no reconoce ninguna autoridad para decirle lo que él es y lo que debe hacer. La frase "Trátele como un insecto", es de Stendhal quien la toma de Cuvier¹¹. ¿Y si tratáramos al psicólogo como un insecto; si aplicáramos la recomendación de Stendhal, por ejemplo, al sombrío e insípido Kinsey?

Dicho de otra manera, la psicología de la reacción y del comportamiento, en los siglos XIX y XX, cree haber logrado una independencia al separarse de toda filosofía, es decir de la especulación que busca una idea del hombre mirando más allá de los datos biológicos y sociológicos. Pero esta psicología no puede evitar que sus resultados repercutan sobre el comportamiento de aquellos quienes los obtienen. Y la pregunta "¿Qué es la psicología?", en la medida en que se prohíbe a la filosofía buscarle la respuesta, se convierte en: "¿A dónde quieren llegar los psicólogos haciendo lo que hacen? ¿En nombre de

qué se han instituido como psicólogos?" Cuando Gedón recluta el comando de Israelitas, a la cabeza del cual expulsa a los Madianitas más allá del Jordán (*La Biblia: Jueces, Libro VII*), utiliza un test de dos grados que le permite, en un primer momento, seleccionar de treinta y dos mil hombres, diez mil, y luego, de estos diez mil, trescientos. Pero este test debe al Eterno, tanto el fin de su utilización, como el procedimiento de selección utilizado. Para seleccionar un seleccionador, es necesario normalmente trascender el plano de los procesos técnicos de selección. En la inmanencia de la psicología científica permanece la pregunta: ¿quién tiene, no la competencia, sino la misión de ser psicólogo?. La psicología reposa siempre sobre un desdoblamiento, pero ya no es el de la conciencia, según los hechos y las normas que conlleva la idea del hombre, sino el de una masa de "sujetos" y de una élite corporativa de especialistas que se invisten a sí mismos de su propia misión.

En Kant, y en Maine de Biran, la psicología se sitúa -a pesar de la ambigüedad, hoy tan de moda de este término- en una *Antropología*, es decir en una filosofía. En Kant, la teoría general de la habilidad humana permanece en relación con una teoría de la sabiduría. La psicología instrumentalista se presenta como una teoría general de la habilidad, por fuera de toda referencia a la sabiduría. Si esta psicología no la podemos definir mediante una idea del hombre, es decir, si no podemos situar la psicología en la filosofía, no tenemos el poder, por supuesto, de prohibir a nadie el llamarse psicólogo y de llamar psicología a lo que hace. Pero nadie puede tampoco prohibir a la filosofía continuar interrogándose sobre el estatuto mal definido de la psicología, mal definido tanto del lado de las ciencias, como del lado de las técnicas. La filosofía se conduce, al hacer esto, con su ingenuidad constitutiva, tan poco parecida a la necedad que ella no excluye un cinismo provisional, y que la conduce, una vez más, a tornarse del lado popular, es decir, del lado nativo de los no-especialistas.

Es, entonces, muy vulgarmente como la filosofía plantea la pregunta a la psicología: dime ¿hacia qué tiendes, para yo saber quién eres? Pero el filósofo también puede dirigirse al psicólogo bajo la forma - una vez no crea hábito - de un consejo de orientación, y decirle: cuando se sale de la Soborna por la calle Saint-Jacques, se puede subir o bajar; si se sube, se acerca al Panteón, que es el Conservatorio de algunos grandes hombres, pero

si se baja, se dirige con seguridad hacia la Prefectura de Policía Ψ

11 "En lugar de odiar al pequeño librero del pueblo vecino que vende el *Almanaque popular* - decía yo a mi amigo Sr. de Ranville - aplíquese el remedio indicado por el célebre Cuvier: trátele como un insecto. Averigüe sus medios de subsistencia, trate de adivinar sus maneras de hacer el amor." (*Memoires d'un Touriste*, ed. Calmann-Lévy, tomo II, p. 23).